

Vientos de guerra

HUMBERTO DE LA CALLE



“NO PERMITIRÉ QUE ESTADOS UNIDOS se convierta en la próxima Venezuela”. Eso lo dijo el jueves Donald Trump en Las Vegas. Y justificó esta frase melodramática por la existencia de un manojito de mamertos en las filas del Partido Demócrata. ¿No tiene esto un cierto aire de familia? Pero de Colombia a Estados Unidos hay un trecho. Venezolanizar la política gringa suena delirante.

Pero el ambiente está maluco. Hay que reconocerle a Almagro, secretario de la OEA, que rompió esa inercia somnolienta de su antecesor Insulza. Pero decir que no hay que descartar la opción militar frente a Venezuela es preocupante. El Grupo de Lima se opone y Colombia no firma la declaración. Pacho Santos recoge la idea, por fortuna neutralizada por Duque.

La escena es un poco macabra. Como esos muchachos amanecidos y borrachos que comienzan a jugar ruleta rusa. Una bala en el tambor del revólver. ¿Por favor! Una operación militar en Venezuela puede terminar siendo una gran catástrofe. Y Colombia en primera fila.

Pensemos en una caja de herramientas para esta situación:

Duque tiene razón en condenar el régimen oprobioso de Maduro. Su apelación a la Corte Penal es correcta. Es un camino dentro del derecho internacional.

Pero Colombia no puede correr el riesgo de convertirse en líder de una cruzada contra Maduro. Cuidado con ese airecito sietemachos que se oye por ahí. Gente sacando pecho a ver quién es más verraco y se pone en la vanguardia. Frente unido contra Maduro, sí. Pero Colombia debe ir en el pelotón. No cortando aire en la punta y menos como gregario de Estados Unidos.

Unificar la posición interna. ¿Para qué seguir con el cuento de que el castrochavista de Santos es un aliado de ese gobierno? El acercamiento a Venezuela fue una movida exclusivamente táctica, no ideológica. Teníamos la evidencia de que Chávez era un condición *sine qua non* para sentar a la guerrilla en la mesa. Y luego, con maña, fuimos logrando destetar a las Farc hasta el momento en que tuvieron claro que la negociación era con Colombia. Las relaciones Venezuela-conflicto en Colombia son viejas. Páez se rebeló. Uribe contó con su apoyo. Y hasta el socialcristiano Caldera estuvo a punto de abrirle oficina a las Farc. De modo que el caballito de batalla del nuevo mejor amigo es algo desueto.

Hace bien Duque clamando por apoyo internacional frente a la migración.

¿En qué consiste una acción militar? Algunos creerán que puede ser una operación quirúrgica tipo Noriega. Entran y sacan al sátrapa. No lo sabemos. Mucho depende de los militares venezolanos. Donde haya respuesta, esto empezará a parecerse a Irak. Y si hay repercusiones en la región, veremos un Vietnam. ¿Quién, si no Colombia, paga el pato?

¿Y quién hará esa guerra? Asesores americanos y campesinos de la región, sobre todo nuestros soldados que no pertenecen propiamente a la élite. Fácil mirar la cosa con un vaso de whiskey en un club social.

¿Qué haría el Eln? ¿Tendríamos la vigorización de una quinta columna terrorista en nuestro suelo?

¿Dónde se toman las decisiones? El uso de la fuerza corresponde a Naciones Unidas. ¿China y Rusia aceptarán? ¿O estaremos formando la semilla para una confrontación mundial? ¿Qué harán los países árabes amigos de Maduro?

La mejor guerra es la que no hay que librar.

El debate de la vergüenza

NOTAS DE BUHARDILLA
RAMIRO BEJARANO
GUZMAN



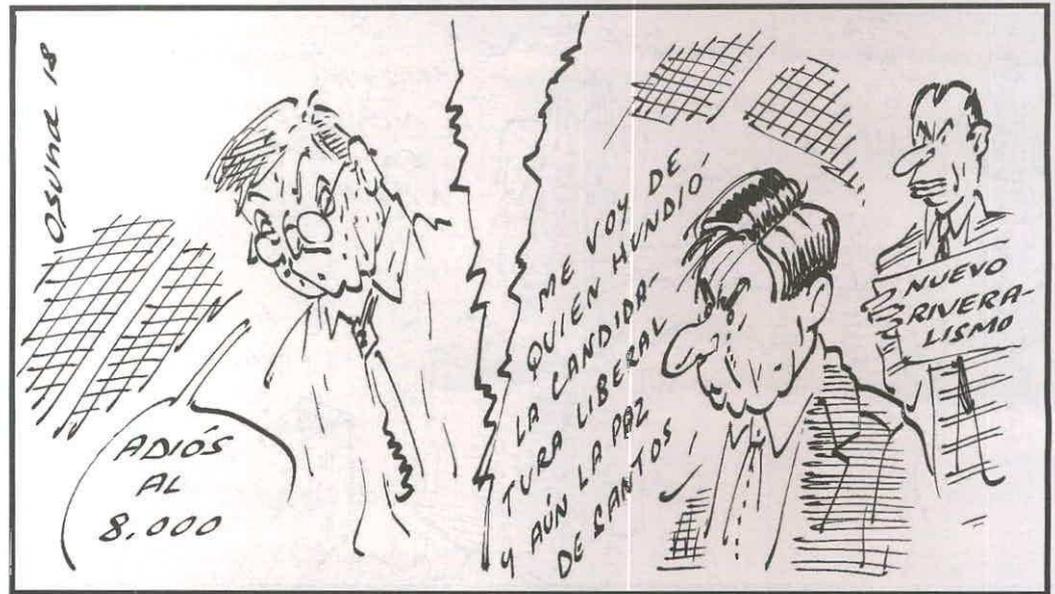
FUE VERGONZOSA LA INTERVENCIÓN de Carrasquilla en el debate, quien arrancó bravo, pero muy pronto se arrugó, al extremo que desafió a las barras, las cuales silenció y amenazó con expulsar ese patanzuelo del presidente del Senado, porque a ellas solamente les está permitido expresarse para aplaudir al patrón y a sus esbirros. Luego de ese melodramático inicio, Carrasquilla, apoyado en un cuadro que ni siquiera él entendía, intentó explicar las “líneas del tiempo”

buscando acreditar que cuando se habían expedido la ley y el decreto que finalmente le abrieron paso al escenario dentro del cual crecieron los negociados de los bonos de agua, él era un simple particular. ¡Mintió! Carrasquilla si intervino como gestor y promotor de la reforma constitucional que hizo posible esta danza de los millones, y eso no lo pudo ocultar ni siquiera con esa artificiosa argumentación de esconderse en el tiempo. Bastaba que el ministro hubiese participado en el inicio del trámite del acto legislativo, para haberse abstenido de participar de cualquier negocio que de manera directa o indirecta se desprendiera de esta desgraciada reforma. Pero para eso se necesita tener claros los conceptos de decencia, decoro y ética. Por fortuna el senador Petro pudo de-

mostrar que Carrasquilla y su combo de subalternos habían intervenido en la expedición de otras disposiciones, como el Plan Nacional de Desarrollo, normatividad de la que también terminaron sirviéndose para este sofisticado y perfumado tinglado de negociaciones abusivas, de las que, si señor, salieron perjudicados muchos municipios, y, oígame bien, en últimas la Nación, garante de ese desastre financiero. Pero el ministro pretende que el país le crea que a su retiro del gobierno cesaron sus maniobras para que terminara de completarse un marco legal y pudiera desarrollarse un negocio que solamente podía ocurrirsele a quien había sido su protagonista y ejecutor en la sombra. Por eso, acertó el senador Robledo al preguntarle al ministro que informara qué otro negocito te-

Rasgos y Rasguños

Por Osuna



Figura

La mancha en el vestido

JAVIER ORTIZ CASSIANI



HACE VEINTE AÑOS, UN 21 DE SEPTIEMBRE de 1998, Bill Clinton llevó su larga figura hasta los estrados de un gran jurado para declarar sobre su encuentro sexual con Mónica Lewinsky, la joven pasante de la Casa Blanca. Cuatro meses más tarde, Gabriel García Márquez escribió una crónica para la revista *Cambio* titulada “El amante inconcluso”, en la que habló del contraste entre la seductora y arrolladora presencia del presidente durante una cena que habían compartido en agosto de 1994, y la impresión de “convicto enflaquecido e incierto” que le había dejado este mismo hombre en una cena más reciente, cuando se cimbreaba avergonzado en la cresta del escándalo.

Lo de Gabo fue un guiño. Un guiño a Bill Clinton hecho con la sagacidad del escritor que nos hace cómplices de los principios que defiende, como si fuera una cosa menor, mientras nos concentramos hechizados en su narración. El nobel ocupó un poco más de la mitad de su texto, para contar que en aquella velada de 1994, Clinton puso

especial atención en las palabras de sus interlocutores, sobre su excepcional habilidad política y su la condición de lector sutil de obras literarias. En esa cena –en la que también se encontraba el escritor Carlos Fuentes–, Clinton los había sorprendido a todos con su conocimiento de *El Quijote* y la recitación memoriosa y teatralizada del monólogo de Benjamin Compton (Benjy), en la novela *El ruido y la furia* de William Faulkner.

Gabo aprovechó que Faulkner rondaba en el ambiente de la noche –antes Fuentes había mencionado a *Absalón, Absalón* como su novela favorita–, para poner a Clinton en terrenos familiares: en el Caribe. Si este no era sólo un área geográfica inscrita en los límites del mar, sino un espacio histórico y cultural más amplio, que iba –como ya lo había dicho Sidney W. Mintz–, desde la cuenca del Misisipi hasta el nordeste brasileño, Faulkner también sería un escritor del Caribe. Clinton –dijo Gabo– celebró alegre aquel apunte y se proclamó caribeño. Si nos dejamos seguir por la crónica, esa noche Clinton estuvo locuaz y sin duda debió decir muchas cosas que merecerían la atención de un cronista. Pero a la hora de escribir, Gabo, con la memoria espolvoreada por el presente azaroso que vivía el presidente, acudió a un recuerdo específico. Recordó y escribió que al final de la ce-

na, Fuentes preguntó a Clinton a quiénes consideraba sus enemigos, y que la respuesta del presidente había sido “inmediata y brutal”: “Mi único enemigo es el fundamentalismo religioso de derecha”.

Fue un recurso retórico para defender a Clinton. A partir de ahí lo que viene en la segunda parte del texto es la confirmación, cuatro años después, de que el presidente había estado acertado en su frase. Ahora, decía el nobel, era víctima de aquella legión de fanáticos religiosos que, en la agonía del siglo XX, todavía intentaban destruir a sus adversarios políticos con los mismos métodos fundamentalistas con los que se perseguía a las brujas en Nueva Inglaterra. Veinte años después parece que aquella defensa tuvo éxito. Hoy pocos cuestionan la credibilidad de Clinton que se mueve por el mundo como conferencista y asesor prestigioso. Mónica Lewinsky, en cambio, a pesar de que mandó hacer rato a lavar aquel famoso vestido, pareciera que la mancha nunca hubiera salido. La gente la mira como si lo llevara puesto todo el tiempo como una marca vergonzante, la misma de la que Clinton se liberó con facilidad. A veinte años del *affaire*, quizá cabe un ejercicio contrafactual: ¿Qué se escribiría si Hilary fuera la presidenta y la protagonista de un encuentro sexual en la oficina oval con un pasante masculino?